

Inventos, chiripa y plagio

Por LUIS IGNACIO PARADA

La mayor parte de los grandes inventos de la Humanidad son obra de la serendipia, ya saben, la suerte de encontrar cosas valiosas no buscadas, la facultad de hacer descubrimientos afortunados e inesperados por accidente. La dinamita, la penicilina, la vulcanización del caucho, el velcro, el teflón se descubrieron de chiripa. Así es como a los españoles nos sonó el término inglés serendipity. Lo usó por primera vez Horace Walpole tras leer un cuento de hadas titulado Los tres príncipes de Serendip.

La bombilla ha quedado para la posteridad como símbolo de una buena idea. Edison repetía que su obra era el resultado de «un uno por ciento de inspiración y un 99 por ciento de transpiración». El teléfono también. Sobre todo desde la generalización del uso de Internet. Es verdad que para que se produzca la casualidad, además de tener chiripa hay que hacer muchos experimentos y tener un gran espíritu observador. Pero no es menos cierto que lo más importante es encontrar alguna utilidad a lo descubierto. Algo que hacen mucho mejor que los inventores, los plagiarios.

El Congreso norteamericano atribuyó ayer oficialmente la invención del teléfono a Antonio Meucci quien, al parecer instaló en su casa de Nueva York un dispositivo rudimentario de telecomunicaciones entre el sótano y la habitación de su mujer. Así que aquel «Ven, Watson, te necesito» que el ayudante de Alexander Graham Bell oyó por casualidad cuando su jefe estaba experimentando con unos tubos metálicos para ayudar a oír a niños sordomudos, no fue sino cuento de hadas para ocultar un plagio. Algo para lo que no se necesita ni inspiración ni transpiración ni serendipia. Un caso igual al del propio Edison, el de la bombilla, que fusiló un invento de Joseph W. Swan.